

## **ALBARELO DE LA FARMACIA DEL COLEGIO SANTIAGO APÓSTOL S. J. DE MONTERREI (OURENSE)**

Uno de los logros de la Compañía de Jesús fue dotar al mundo de una red de farmacias, algo impensable en aquel momento, que se origina en los siglos XVI-XVIII, conjugando la “*medicina verde*” (raíces, hojas, resinas) con la teórica de libros de autores clásicos como Dioscórides y Galeno. Cuando S. Ignacio fundó en 1555 la farmacia, fue en la casa de *Torre Rossa*, en Roma. Su primer médico y boticario fue Baltasar de Torres, natural de Medina del Campo (1518) quien posteriormente ingresó en la Compañía. Fue médico del Virrey de Sicilia y falleció en Nápoles en 1561.

El mantenimiento de la salud estaba en el pensamiento ignaciano, en principio, para la propia comunidad; posteriormente, para la ciudadanía. Muchos colegios, en España, Italia, Francia, América y Asia, contaron con farmacias, que se situaban cerca de las puertas de entrada, para poder atender al público.

Es difícil saber cuándo se instalaron las farmacias. Seguramente en la segunda mitad del siglo XVII. En la Visita de 1613, del P. Alonso Carrillo a la Provincia de Castilla no las cita, siendo un hombre muy meticulado. La botica de Santiago fue creada en 1662; la del colegio Imperial de Madrid en 1670 y la de Salamanca, en 1740.

Los boticarios aprendían el oficio de copiar recetas y de estar en la farmacia con los más doctos. Se conserva un manual, publicado en Zaragoza en 1662, hecho por el jesuita Miguel Martínez de Leache, boticario del colegio de Tudela. Además, era habitual el intercambio de saberes y boticarios entre colegios. Hubo en la Compañía verdaderos genios en la farmacia y medicina. Esta faceta, prácticamente desconocida, nos sorprende en sus bibliotecas científicas (que había en las farmacias); en los botámenes (conservados en el Museo Nacional de la Farmacia y Diputación de Valladolid); o en los libros que publicaron los propios jesuitas sobre recetas médicas y herbolarios.

Esta pieza es “*ex ungle, leonem*”, un signo de lo que fueron los jesuitas en el mundo farmacéutico. Tenemos que pensar que en todos los colegios de Galicia-Monterrei, Monforte de Lemos, Santiago de Compostela, Ourense, Pontevedra y A Coruña- había farmacias. No sólo eran para atender a su

comunidad, atendían a las poblaciones cercanas y a otras comunidades religiosas (el de Ourense, a S. Esteban de Ribas do Sil, dominicos de la ciudad y clarisas de Allariz). Tenemos que pensar que en abril de 1767, cuando Carlos III expulsa a la Compañía de Jesús de España y sus dominios, esta red farmacéutica mundial se cierra y la población queda sin asistencia farmacéutica. El último boticario de Monterrei fue el hermano coadjutor Agustín del Frago, que salió para el exilio italiano desde A Coruña en abril de 1767. Murió en Roma en 1808.

Las farmacias de los jesuitas acoplaron las drogas americanas y filipinas a la medicina tradicional. Así, de las islas (Sto. Domingo y Puerto Rico), traían jengibre; de Tierra Firme, la quina; de la Nueva España, jalapa, zarzaparrilla, aceite de María, bálsamo, mechoacán, contrayerba, entre otras.

Esta pieza es única por varias razones: primera, la única conservada de la botica monterregiana; segunda, no hay otra en Galicia; y tercera, forma parte de una iconografía propia, que tienen otras farmacias, del resto de España, con el escudo de la Compañía de Jesús, en el frontis. Este albarello llegó al Museo Arqueológico, en enero de 1905. Tiene de alto 28 cm y de boca 10 cm de diámetro. y pie con golletes indicados. En el campo, está el escudo con el anagrama de la Compañía de Jesús, con inscripción (IHS), cruz y tres clavos. Arriba hay una corona y labriquines.

La cerámica es de *tipo* Talavera, con escudos en azul cobalto que destacan sobre el blanco estannífero. Decimos, *tipo*, porque no debemos olvidar que Hernando de Loisa, talaverano, cuando se instaló en Valladolid, en 1570, fabricó más de 200 tarros de esta factura, para la antigua botica del noviciado de Villagarcía de Campos (Valladolid). Algunos llevan cartelas, en otros se han borrado. La razón de este éxodo de alfareros de Talavera a Valladolid, es lógica. Fabrican *in situ*, y en la manera que conocen y saben; y así se ahorran los portes, roturas de piezas, en el camino. Los alfareros de Talavera inician un pleito, contra los que marcharon, “*porque fabrican del mismo modo que nosotros*”. Un poco, lo que llamamos hoy, la denominación de origen.

El bote no tiene sello de alfarero, y ninguno de los que se conservan en el Museo Nacional de la Farmacia, (según nos informó amablemente, su conservadora Dña. Alejandra Gómez Martín) con escudo de la Compañía de Jesús, lo portan.

Gracias a los inventarios exhaustivos de las farmacias (1769-1771), que se hicieron posteriormente a la expulsión de la Compañía, sabemos cómo estaban dotadas. Generalmente, no tenían letreros los botes, y el maestro boticario, iba abriendo los botes y diciendo lo que había dentro y el notario anotaba. Todo estaba absolutamente ordenado, como una biblioteca, polvos en papeles en cajones; semillas; jarabes; alcoholes; destilados; etc. El grueso de los productos, estaban perdidos, y los huertos con plantas medicinales, abandonados.

Además de botámenes cerámicos, los había de vidrios (botes), latón (jeringas), cobre (bañeras, para baños de agua y arena y alquitaras); barro (el colegio de Ourense, tenía piezas de Niñodagua) y alabastro (morteros), y panes de oro y plata (para recubrir las píldoras). Los jesuitas fueron los grandes potenciadores de la hidroterapia, y llegaron a publicar libros sobre ciertas fuentes (Tamames-Salamanca, el P. Francisco de Isla). En los despachos de farmacia, vivían, exentos a la comunidad, los boticarios. Tenía su cocina, biblioteca, cama, etc. era por si llamaba alguien, poder atender rápido, sin molestar al resto de la comunidad. Y a mayores un huerto botánico, con plantas medicinales. Curiosamente, la farmacia de Granada, tenía 1761 y 1765, 6'90 kg de té. Seguramente en los huertos de los colegios de Galicia y Portugal, había plantas de "*camellia sinensis*", que enviaban a otros colegios. Estamos ante un doble hecho, los jesuitas como importadores de camelias, y expandidores del consumo del té. Hacían preparados, simples y complejos, destilados, jarabes, etc. incluso en Villagarcía de Campos, crecepelelo.

Los productos que almacenaban eran de lo más variopinto, según consta en los inventarios: aceites, aguas, bálsamos, cortezas, enjundias, extractos, flores, frutos, gomas, harinas, hierbas, hojas, infusiones, jarabes, minerales, partes de animales (marfil, cuerno unicornio), piedras, píldoras, polvos, raíces, sales, semillas, ungüentos, etc...

Los jesuitas dieron a conocer a Europa, unos nuevos fármacos antitérmicos desconocidos, y utilizadas por los indígenas. Importaron y usaron en Europa, dos. De Filipinas llegaron las *Habeas Ignatii* y el otro de América la quina. La primera, dio noticia el jesuita austríaco, Georg Josef Kamel, que la denominó *Strychnos Ignatii* (*habichuela de Ignacio*), vulgo estricnina. Escribió este jesuita, unos herbarios de las islas de Luzón, que publicó en 1704, J. Ray. A Kamel, le debe la botánica, dar a conocer el

género *Camellia*, al mundo. De América amazónica dieron a conocer la “*yerba ponzoñosa*” o curare; y de las Misiones Guaranís, el mate.

El elenco de jesuitas farmacéuticos es enorme, algunos de ellos, escribieron y publicaron obras científicas. Citamos entre otros a los padres y hermanos coadjutores José de Acosta, *Historia Natural de las Indias*; Bernabé Cobo, *Historia del Nuevo Mundo*; Juan Eusebio Nieremberg, *Historia naturae, maxime peregrinae*; el gallego Pedro de Montenegro, *Materia médica misionera*; Johanness de Steinhöffer, *Florilegio medicinal*; José Sánchez Labrador, *El Paraguay Natural Ilustrado*. Fueron los jesuitas los que convirtieron los saberes botánicos de los indígenas, ágrafos, lo convirtieron en cultura escrita, y aquellos saberes, los difundieron por el mundo. No sólo en impresos, si no manuscritos, como los que hizo el coruñés Pedro de Montenegro sobre plantas en Misiones Guaranís. En la página izquierda, el texto comentando la planta, y sus aplicaciones, y en la derecha un dibujo de la misma.

Y dieron nombres a los géneros de plantas, Bernabé Cobo, Juan Eusebio Nieremberg, Georg Kammel, Gaspar Juárez (introdutor de los cacahuets en Europa), Juan Ignacio Molina: *Cobaea*, *Nierembergia*, *Camellia*, *Xuarezia*, y *Molinae*.

Tarros como el que aquí estudiamos se conservan en el Museo Arqueológico de Valladolid, Museo Nacional de Farmacia-Universidad Complutense, Museo de Villagarcía de Campos y farmacia de Villarejo de Fuentes.

Son símbolos de lo que fueron las farmacias, que después cayeron en abandono, salvo alguna excepción, como parte de la de Villagarcía de Campos, que trasladaron al Hospital de Toro (Zamora), en 1771.

Como le contaba el P. Sarmiento a su hermano Francisco Javier: “*sin ciencia, sin átomos, sin libros, etc... sin saber un átomo de los verdadera medicina, que sólo comprensivo conocimiento de las virtudes de todos los mixtos en quienes Dios depositó los remedios (...) Ningún librero de Madrid quiere comprar libros de medicina, pues no hallan a quien venderlos*”.

En esa red de farmacias, todos los de Galicia, Bilbao, Palencia, Salamanca, en Aragón: Gandía, Zaragoza, Huesca; en Toledo: Noviciado e Imperial de

Madrid, tenían bibliotecas específicas. Curiosamente, la de Ourense era la más grande de la Provincia de Castilla, 72 títulos; frente a Burgos, 14; Palencia, 14; Salamanca: 33; y Villagarcía de Campos, 49.

